

**DISCURSO DEL SR. JAMES C. CASON, JEFE DE MISIÓN DE LA SECCIÓN DE INTERESES DE LOS EE.UU. EN LA HABANA, EN LA GALA AUSPICIADA POR EL CONSEJO PATRIÓTICO CUBANO Y LAS MUNICIPALIDADES CUBANAS EN EL EXILIO.**

*28 DE ENERO DEL 2005 .*

**¿ABSOLVERÁ LA HISTORIA A CASTRO?**

En el día de hoy celebramos un aniversario más del natalicio de José Martí, el héroe que, según Fidel Castro, inspiró su ataque al Cuartel Moncada en 1953. Este asalto le dio renombre al joven Castro, convirtiéndolo en uno de los líderes del movimiento de oposición que derrocó a Batista.

Durante el juicio que prosiguió a este ataque, Castro pronunció un apasionado alegato de defensa. Castro, desafiante, concluyó que sería condenado, pero a su vez sentenció: “La historia me absolverá”. Este discurso condenó al régimen corrupto de Batista al tiempo que mostró su visión de lo que sería una Cuba liberada. Castro se mostró muy convincente en ambos aspectos, oponiendo la fealdad de la dictadura batistiana a las frustradas aspiraciones democráticas del pueblo cubano.

El discurso de Castro sirve de buena estructura para analizar la Cuba actual. Vamos a revisar si la Historia realmente lo absolverá.

Castro parece haber tomado el título de su alegato “La historia me absolverá” del propio discurso de defensa de Adolfo Hitler. Biografías sobre los años de Castro en la escuela secundaria hablan de su fascinación por el fascismo y su esperanza ferviente en que los poderes del Eje ganaran la Segunda Guerra Mundial. No deberíamos condenar, sesenta años después, la fascinación de un adolescente por el fascismo; pero es que, en el caso de Castro, todo parece indicar que éste nunca la abandonó.

Comencemos por las circunstancias en las que se encontraba Castro cuando preparó su discurso. Según sus propias palabras, fue confinado a una celda en solitario, incomunicado y, antes de ser presentado ante la Corte, no pudo ver, como abogado, el sumario. Estuvo prácticamente desprovisto de toda ayuda legal.

¿Acaso esto no suena familiar?

En los meses de marzo y abril del 2003, Castro desencadenó uno más de sus muchos ciclos de represión al encarcelar 75 activistas por la democracia. ¡Condenó a estos campeones pacíficos de la libre expresión y la democracia a un total de 1, 454 años! Sin embargo, ninguno de estos prisioneros dirigió una insurrección armada que costara vidas humanas. Estas 75 personas sólo fueron culpables de esgrimir sus plumas en nombre de principios democráticos.

En 1953, Castro denunció que “se supone que un abogado tenga el derecho de conversar privadamente con su defendido, salvo en el caso de un prisionero de guerra cubano en manos de implacable despotismo que no reconozca reglas legales o humanas”. La falta de un debido proceso judicial merece condena, lo mismo en esa época como en ésta. Así que, muchas gracias Sr. Castro, no hubiese podido reflejar mejor que Ud. la forma en que ha tratado a esos 75 prisioneros.

En su alegato de defensa, Castro denunció las “mentiras”, la “hipocresía” y la “cruda comedia” de la justicia batistiana. Denunció que Batista tenía miedo de presentarlo ante la Corte y sentenció grandilocuentemente: “¡Qué crímenes tan horrendos habrá cometido este régimen que tanto temía la voz de un acusado!”. Así mismo, Sr. Castro. Sus denuncias, hechas en 1953, describen a la perfección el régimen que usted mismo ha creado. Hoy, bajo su gobierno, hablar de justicia en Cuba significa ser encarcelado por abogar a favor de un cambio pacífico en el gobierno. También Ud. impidió al público asistir a los procesos judiciales contra los 75 activistas

pacíficos a favor de la democracia. Cada uno de los reunidos aquí hoy puede recordar muchos otros ejemplos de las ocasiones en que Castro negó este derecho fundamental a los demás.

Existe un interesante contraste entre las denigrantes e inhumanas condiciones de encarcelamiento a las cuales Castro somete a sus prisioneros políticos y las que él conoció tras ser acusado. En sus cartas desde el presidio de Isla de Pinos, Castro se jactaba del confort de sus propias condiciones: ropa limpia, dos baños de aseo diarios, una celda inmaculada, sol diario y aire fresco, lectura sin restricción de materiales y excelente comida. El Castro vengativo nunca ha sentido la necesidad de extender una consideración similar hacia aquellos que él encarcela.

Castro justificó su asalto al Moncada como un acto para liberar a Cuba de la dictadura: “Nosotros hemos promovido una rebelión contra un poder único, ilegítimo, que ha usurpado y reunido en uno solo los Poderes Legislativo y Ejecutivo de la nación...” Para justificar el derrocamiento de los regímenes tiránicos, Castro citó la descripción del famoso pensador político Montesquieu acerca de los gobiernos despóticos “donde uno solo, sin ley y sin regla, lo hace todo sin más que su voluntad y su capricho” y donde “el temor es la esencia”. Castro había encontrado la descripción perfecta del dictador en el cual se convertiría él.

Actualmente, Castro detenta un poder absoluto sobre Cuba. La Asamblea Nacional se reúne dos veces al año para escuchar los informes de los funcionarios oficiales y acuñar los dictados de Castro. Ni una sola vez en su vida la Asamblea Nacional ha votado por el “no”, mientras que el corrompido poder judicial resuelve los casos políticos a la velocidad del relámpago una vez recibidas las instrucciones del líder máximo de la nación.

En 1953 ¿a nombre de quién decía Castro que hablaba? Castro sostenía que no se dirigía a las clases acomodadas, sino a “la gran masa irredenta... la que anhela una patria mejor y más digna y más justa.” Sabemos que fue mentira. Hoy, los valientes hombres y mujeres que conducen la oposición democrática en Cuba representan a las masas engañadas y traicionadas a favor de las cuales Castro fingió abogar en 1953. En la actualidad, la gran mayoría de los disidentes cubanos son de procedencia humilde. Ellos han encontrado el coraje suficiente para exigir sus derechos civiles más fundamentales. Ellos saben que todos los cubanos añoran todavía una nación mejor, más justa y más digna, y que la mejor manera de lograr esta aspiración frustrada desde hace tanto tiempo es una Cuba democrática.

En 1953, Castro recordó a las personas presentes en el local que funcionó como Corte “los 600,000 cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria en busca de sustento;” los “100,000 agricultores pequeños ... que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales una parte de sus productos;” los “30,000 maestros y profesores... que tan mal se les trata y se les paga;” los “10,000 profesionales jóvenes que salen de las aulas con sus títulos, deseosos de lucha y llenos de esperanza, para encontrarse en un callejón sin salida.” Castro prosiguió: “el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, ... el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo; he ahí concretados los puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos, junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política.”

Todos los reunidos aquí sabemos lo que sucedió realmente. Si hay una característica capaz de definir la Cuba de Castro, ésta es la desesperación de los cubanos por huir de este régimen asfixiante y de la falta de oportunidades económicas que de él resulta. Después del triunfo de la Revolución, alrededor de 1.2 millones de cubanos --a saber, el 12% de la población—ha abandonado la isla. En comparación con la población de los EE.UU. y en términos proporcionales, esto equivaldría a 34 millones de norteamericanos abandonando el país.

Pero al César lo que es del César. El régimen de Castro ha empleado una gran cantidad de dinero en la educación y la salud pública, presentándolas como los mayores logros de la Revolución. Para ser más preciso, el régimen gastó una gran cantidad de dinero **soviético** en la educación y la salud pública al haber recibido alrededor de 65 billones de dólares en subsidios a

lo largo de tres décadas.

Vamos a detenernos en la enorme cantidad de dinero que los soviéticos vertieron en Cuba. Le dieron a Castro el equivalente de cinco Planes Marshall y recuerden que sólo fue necesario un Plan Marshall para reconstruir Europa Occidental. Castro, por el contrario, agotó la economía cubana.

Al tiempo que se desvanecen los vestigios de la generosidad soviética, muchos de los logros alcanzados en los sectores de la salud y la educación se han perdido. En 1953, Castro dijo que los maestros de la enseñanza media deberían tener un salario mínimo de 350 pesos mensuales, pero 50 años más tarde, la mayoría de los maestros gana 250 pesos, es decir alrededor de diez dólares. No es de extrañar que maestros experimentados abandonen la profesión en manadas, muchos de ellos tratando desesperadamente de pasar al sector turístico para poder ganar moneda dura. Todos los hospitales, salvo aquellos reservados para la élite gubernamental, están severamente deteriorados. El régimen exporta su excedente de médicos a las naciones en desarrollo a cambio de moneda dura y dividendos políticos. Todavía, el cubano promedio pasa trabajos para procurarse medicinas tan elementales como la aspirina.

Sí, las condiciones educacionales y de salud han mejorado en áreas de Cuba anteriormente ignoradas, tal y como sucede en cualquier parte del mundo donde no se ha impuesto una tiranía. La mejora de esos sectores, como todos sabemos, no requiere de la eliminación de las libertades civiles, del castigo a los disidentes a favor de la democracia, ni de la bancarrota de una otrora próspera nación.

¿Qué sucedió con las otras promesas de Castro?

Castro prometió una reforma agraria que otorgara “la propiedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos caballerías de tierra, indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios.” En su lugar, colectivizó la mayoría de las propiedades agrícolas destruyendo los incentivos para producir. En la actualidad, la carne de res, la leche e incluso muchos vegetales constituyen lujos caros para la mayoría de los cubanos, al tiempo que las predicciones anuncian una de las peores zafas azucareras en más de 90 años.

La promesa hecha por Castro en 1953, que “otorgaba a los obreros y empleados el 30% de las utilidades en todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluyendo centrales azucareros” ha demostrado ser una broma lamentable. Su sueño de industrializar a Cuba fue un espejismo que se evaporó luego de la desaparición de los subsidios soviéticos. Lo que le queda ahora a Cuba son fábricas ineficientes, costosas e insostenibles.

En 1953, Castro criticó la crisis de viviendas existente en Cuba, señalando que : “400,000 familias del campo y de la ciudad viven hacinadas en barracones, cuarterías y solares sin las más elementales condiciones de higiene y salud.”

En la actualidad, hasta la persona menos observadora que visita la isla puede ver que los cubanos sufren de una profunda carestía de viviendas adecuadas, estando estimado el déficit de unidades habitacionales en 1,6 millones. Edificios abarrotados y deteriorados constituyen la norma nacional. Un estudio encontró que el 39% de las viviendas no reúne los requisitos de habitabilidad, mientras que un informe de las Naciones Unidas estima que, cada tres días, se producen alrededor de dos derrumbes parciales en la Habana Vieja.

En 1953, Castro afirmó que los “los mercados debieran estar abarrotados de productos; las despensas de las casas debieran de estar llenas; todos los brazos podrían estar produciendo laboriosamente.” Quizás, para sorpresa solamente de sí mismo, Castro no ha sido capaz de dictar que esto suceda. Las tiendas estatales que venden en moneda nacional ofrecen una magra selección de productos, mientras que las que lo hacen en pesos convertibles son

prohibitivamente caras para la mayoría de los cubanos.

En 1953, Castro también afirmó que, bajo un gobierno revolucionario, “la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente” y que “Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo.” Una vez en el poder, ha desplegado ávidamente sus esfuerzos con el fin de socavar democracias establecidas en Latinoamérica y otros lugares desde hace largo tiempo. En lo que respecta a la solidaridad internacional, Castro se ha aliado a algunos de los países más repugnantemente represivos del mundo.

Castro tuvo razón al decir que “era una misión muy importante” la de develar ante el mundo la desgracia del pueblo cubano. De hecho, Castro tuvo razón en muchos de los puntos de su alegato de defensa pronunciado en 1953. La gran tragedia es que no se atuvo a sus propias palabras.

Castro posee la displicencia hacia el lenguaje, la justicia y la verdad, propia del demagogo. A la manera orwelliana, llama “Paz” a la guerra y “Amor” al odio. Su “Verdad” es la única que existe en la isla. Su mal llamada “Batalla de Ideas” es una corriente de veneno y desinformación que fluye en un solo sentido y no un torneo entre dos escuelas de pensamiento opuestas.

En estos momentos, un pequeño grupo de valientes cubanos a favor de la democracia se enfrenta públicamente a la tiranía de Castro. Decenas de miles resisten pasivamente, negándose a creer en las mentiras dichas por los medios informativos gubernamentales y rechazando los llamados del régimen a enseñar a sus hijos los valores revolucionarios, a participar en concentraciones políticas o a espiar a sus vecinos. Tenemos que continuar apoyando a esos patriotas.

Actualmente, la mayoría de los cubanos desearía una versión, llevada al siglo XXI, de lo que Castro describió como la Cuba antes de 1952: “Había una vez una república. Tenía su Constitución, sus leyes, sus libertades, Presidente, Congreso, tribunales; todo el pueblo podía reunirse, asociarse, hablar y escribir con total libertad. El gobierno no satisfacía al pueblo, pero el pueblo podía cambiarlo... Existía una opinión pública respetada y acatada y todos los problemas de interés colectivo eran discutidos libremente. Había partidos políticos, horas doctrinales de radio, programas polémicos de televisión, actos públicos...”

Esa será de nuevo, y estoy seguro de ello, la realidad de Cuba.

Castro nunca entendió que la libertad trae prosperidad. Dejar que los ciudadanos decidan libremente lo que quieren estudiar, dónde quieren vivir, cómo quieren ganarse la vida y quién debe representarlos políticamente es lo que hace dinámica a una economía y saludable a una sociedad. Permitir a las personas gozar del fruto de su trabajo y de su ingenio; permitir a las compañías producir los bienes que el pueblo desea y venderlos con sus correspondientes ganancias, ésta es la manera de satisfacer las necesidades de la gente y de crear prosperidad.

Estoy igualmente seguro de que, el día en que puedan elegir, el pueblo cubano optará por el sendero de la libertad individual.

La Historia será el juez final de Castro y creo que, en esa ocasión, no será absuelto.